

CUADRO COMPARATIVO ENTRE EL RACIONALISMO Y EL EMPIRISMO

	RACIONALISMO	EMPIRISMO
Origen del conocimiento seguro	La razón (Optimismo con la razón)	La experiencia (Crítica la razón)
Fuente de conocimiento	El mismo/propio sujeto humano (razón)	Acción del mundo sobre el sujeto
Ideas	Innatas	Adquiridas
Límites conocimiento	Ilimitados	Limitados
Método conocimiento	Deductivo	Inductivo
Razón	Independiente de la experiencia	Depende de experiencia
Legitimación conocimiento	Demostración racional	Verificación experimental
Ciencia	Ciencias Formales: Matemáticas, Lógica	Ciencias de la Naturaleza: Física
Metafísica	Aceptada	Negada
Antropología	Dos sustancias	Una sustancia
Ética	Basada en la razón	Basada en el sentimiento
Cualidades Objetos	Primarias (Matemáticas)	Secundarias (Física)

ORIENTACIÓN GENERAL DEL RACIONALISMO (siglos XVI – XVII)

Puntos a tener en cuenta:

- La razón es la única autoridad.
- El conocimiento sensible no deriva en conocimiento científico.
- El modelo del saber se rige por las leyes de la razón, las matemáticas y la lógica.
- El modelo del método racional es el método deductivo.
- El método inductivo basado en la observación y en la experimentación resulta un método débil, ya que va detrás de los hechos.

Los filósofos racionalistas se caracterizan por su absoluta confianza en la razón humana. El conocimiento tiene su origen en la razón. Los racionalistas identifican conocimiento científico con conocimiento racional, y afirman que la razón es la única fuente de conocimiento válido. La información que nos proporcionan los sentidos, en cambio, es confusa y no puede llamarse propiamente conocimiento.

El ideal de conocimiento en el racionalismo es el de un sistema deductivo análogo al modelo matemático, esto es, un sistema en el que, a partir de unas ideas o principios primeros, evidentes por sí mismos, se deducen las demás verdades. Sobre la base de su concepción del conocimiento lógico-matemático, Descartes creyó poder demostrar que es posible establecer verdades de cualquier tipo sin la ayuda de la observación y la experimentación. Por este motivo, se enfrentó a los partidarios de la nueva ciencia, puesto que daban prioridad a la experiencia sobre la razón, los filósofos empiristas.

Pues bien, el conocimiento tiene su origen en la razón, por que los primeros principios, a

partir de los cuales se constituye todo el cuerpo del saber, no derivan de la experiencia o no son generalizaciones inductivas a partir de la experiencia, sino que son innatos a la razón. De esta forma, los racionalistas se adhieren a la teoría de las ideas innatas, si bien al hablar de ideas innatas no quieren decir que el hombre nazca ya con ellas, sino que la razón posee cierta predisposición natural a formarlas.

El ideal de conocimiento de los racionalistas está condicionado por el hecho de la ciencia. En efecto, impresionados por el éxito de la aplicación de la matemática a la ciencia física (Galileo), los filósofos racionalista adoptan la matemática como modelo del saber, con la convicción de que sólo así puede la filosofía aumentar su conocimiento sobre la realidad y obtener de ésta un conocimiento seguro; además, comparten la posición de Galileo, según la cual la estructura de la realidad es de índole matemática (Descartes defendió como Galileo la teoría heliocéntrica, pero guardó silencio por temor a ser condenado, como él, por el tribunal de la Inquisición). Todo esto explica la preocupación general de los racionalistas por el método, que Descartes configura al estilo de los geómetras.

Con la adopción del método matemático, los racionalistas lanzan un reto a los escépticos (quienes defendían que la verdad en términos absolutos no existe), cuyas teorías estuvieron en vigor a finales del Renacimiento (Montaigne), en relación con la posibilidad de hacer de la metafísica un sistema coherente.

Por último, hay que decir que el núcleo central de la teoría del conocimiento (epistemología) de los racionalistas la constituyen las ideas: el pensamiento no versa o trata directamente sobre los objetos como en la filosófica anterior, sino sobre las ideas de éstos, primero sobre las ideas, después sobre los hechos. Los racionalistas restaron importancia a los datos precedentes de la experiencia, incluso a los que se refieren a la verificación práctica de la teoría. Los racionalistas creían que la realidad objetiva está ordenada y es descifrada por la razón; y que la razón es idéntica en todos los hombres.

DESCARTES

1. Biografía.

René Descartes nació el 31 de marzo de 1596 en La Haye. Tras la muerte de su madre, él y sus dos hermanos fueron educados por su abuela, pues su padre se ausentaba cada año por largas temporadas.

La educación en La Flèche le proporcionó, durante los cinco primeros años, una sólida introducción a la cultura clásica. El resto de la enseñanza estaba allí muy basada en textos filosóficos de Aristoteles, acompañados por comentarios de jesuitas.

A su regreso del colegio a los 18 años, René Descartes ingresó en la Universidad de Poitiers para estudiar derecho y posiblemente, algo de medicina. Para 1616 Descartes cuenta con los grados de bachiller y licenciado.

En 1619, en Breda, conoció a Isaac Beeckman, el contacto con éste estimuló en gran medida el interés de Descartes por las matemáticas y la física. En esta época sus amigos propagan su reputación, hasta el punto de que su casa se convirtió entonces en un punto de reunión para quienes gustaban intercambiar ideas y discutir. El año siguiente, con la intención de dedicarse por completo al estudio, se traslada definitivamente a los Países Bajos, donde llevaría una vida modesta y tranquila, aunque cambiando de residencia constantemente para mantener oculto su paradero.

La preferencia de Descartes por Holanda parece haber sido bastante acertada, pues mientras en Francia muchas cosas podrían distraerlo y había escasa tolerancia, las ciudades holandesas estaban en paz.

En septiembre de 1649 la Reina Cristina de Suecia le llamó a Estocolmo. Allí murió de una neumonía el 11 de febrero de 1650.

2. Punto de partida y el objetivo.

El punto de partida de Descartes es su actitud crítica frente al saber escolástico de su tiempo, sólo ñas matemáticas, debido a su claridad, evidencia de sus razones y perfección, le llegan a convencer. La filosofía, en cambio, se le presenta como un medio, no de alcanzar la verdad, sino de hablar con verosimilitud, capaz de convencer a los menos doctos. En la filosofía todo es objeto de disputas y dudoso. Y, como según Descartes, las restantes ciencias toman sus principios de la filosofía, deben resultar también forzosamente dudosas. Descartes mantiene la tesis del carácter unitario del saber, el edificio del saber es un todo orgánico, la metafísica constituye los cimientos del mismo, las raíces de un árbol, de ella depende la física o la filosofía natural (el tronco) y por último, las ciencias particulares (las ramas), la medicina, la mecánica y la moral, están en una relación de dependencia respecto de la filosofía natural (las ciencias naturales).

Esa desconfianza hace que el objetivo más inmediato sea el de sanear los cimientos de saber. Se trata no de admitir ninguna opinión como verdadera, sin antes ajustarla a la exigencias de la razón. Descartes rechaza toda autoridad y resuelve confiar en una sola razón. Reconstruir el sistema del saber sobre fundamentos sólidos y hacer del saber un sistema orgánico de verdades ciertas, mediante el sólo instrumento de la razón es a lo que responde su método y su duda.

3. El método.

3.1. Finalidad del método.

El carácter unitario del saber tiene su fundamento en el carácter unitario de la razón. El saber es uno porque la razón es una. La razón es naturalmente igual en todos los hombres. ¿De dónde procede, pues, la diversidad de opiniones? ¿A qué se debe que en filosofía haya opiniones contradictorias? El problema para Descartes está en dirigir bien la razón. Por eso es necesario un método mediante el cual guiar bien a la razón. Sólo así es posible aumentar los conocimientos y progresar en la investigación de la verdad.

Define método como un conjunto de reglas ciertas y fáciles, que hace que quien las utilice atentamente nunca tome lo falso por verdadero y, sin malgastar inútilmente las fuerzas de su razón, llegue al conocimiento verdadero de todo aquello de que es capaz.

La matemática es el entendimiento, el proceder puro de la mente según su propia ley, lo opuesto a la receptividad de la experiencia. A ese ver de la inteligencia, que no es invención sino sujeción, lo denomina intuición. El entendimiento no establece arbitrariamente que $2 + 2 = 4$, sino que lo ve, esté soñando o sufriendo una alucinación. La verdad es algo que acontece en la mente. La regla de sometimiento de la mente a la su propia ley, es lo que Descartes llama el método.

3.2. Los orígenes del método y los cuatro preceptos.

La lógica, el análisis de lo geométrico y el álgebra constituyen las tres ciencias en que Descartes se inspira para establecer su método. Descartes formula los cuatro preceptos o reglas de su método:

- *La evidencia:* Esta regla establece la evidencia como criterio de la verdad. Una verdad es evidente cuando se presente a la mente con claridad y distinción. Una idea es clara cuando se conocen todos los elementos que la integran. Una idea es distinta cuando no puede ser confundida con otra. Mediante las ideas claras y distintas, el entendimiento, por medio por medio de la intuición, capta los elementos más simples de los que se componen todos los objetos. A éstos Descartes los denomina naturalezas simples. La evidencia es la intuición intelectual. No admite grados, por lo que se rechaza todo lo probable o verosímil. Excluye la precipitación, ya que supone admitir como evidente algo que inicialmente nos resulte oscuro o confuso.
- *El análisis o resolución:* Consiste en la descomposición de una idea compleja o problema en sus elementos más simples. Es un procedimiento que va de lo desconocido a lo conocido.

Permite llegar a las naturalezas simples y a comprender, al observar cómo unas ideas dependen de otras más simples. Es por eso un buen método de enseñanza.

- *La síntesis o composición:* Consiste en establecer un orden lógico en la deducción, consiste en ir de lo simple a lo complejo partiendo de las naturalezas simples.
- *La enumeración:* Es la comprobación y revisión de todo el proceso con el fin de no omitir nada. Es una intuición, ya que ser suficiente y ordenada.

“Esas largas series de trabadas razones muy plausibles y fáciles que los geómetras acostumbran a emplear, para llegar a sus más difíciles demostraciones, habíanme dado ocasión de imaginar que todas las cosas de que el hombre puede adquirir conocimiento, se siguen unas a otras en igual manera, y que, con sólo abstenerse de admitir como verdadera una cosa que no lo sea y guardar siempre el orden necesario para deducirlas unas de otras, no puede haber ninguna, por lejos que se halle situada o por oculta que esté, que no se llegue a alcanzar y a descubrir.”

Discurso del método, Parte II.

4. La duda.

4.1. Las razones o motivos para dudar de todo.

En primer lugar cabe dudar de los conocimientos que nos llegan a través de los sentidos. La razón es que los sentidos a veces nos engañan. Por ejemplo, los efectos e ilusiones ópticas en los que parece que una imagen se mueve pero no es de ese modo. Ahora bien, si los sentidos me engañan algunas veces, cabe pensar que me engañen siempre, lo probable es dudoso.

¿Pueden engañarnos los sentidos en lo tocante a percepciones presentes, por ejemplo, que estoy aquí sentado junto al fuego, o que estas manos y este cuerpo son míos?

El segundo motivo de duda, es la imposibilidad de distinguir con claridad el sueño de la vigilia. Se pone en duda desde las percepciones más presentes hasta las nociones mismas de las ciencias. Lo único que quedaba a salvo son las verdades de la matemática; pues, duerma o esté despierto, dos más tres serán siempre cinco y cuadrado tendrá siempre cuatro lados. Sin embargo, Descartes aduce un tercer motivo de duda.

El proceso de la duda alcanza su máxima radicalidad con la hipótesis del genio maligno. Puesto que mi espíritu tiene la opinión de que hay un Dios todopoderoso, por quien he sido creado, nada me impide pensar que me haya creado de tal modo que yo siempre me engañe, incluso en las matemáticas. Pero, ¿no se contradice todo esto con la bondad de Dios? Así, Descartes termina suponiendo que hay un cierto genio maligno que emplea su poder en engañarme, como hipótesis. Descartes está convencido de que Dios existe y es la fuente de verdad, pero esto lo sabe por la fe, ya que es un cristiano creyente y esto influye en su filosofía. Su hipótesis de un dios engañador viene exigida por la radicalidad con que propone someter a crítica las opiniones admitidas hasta entonces como verdaderas.

La duda cartesiana es una duda general, radical, afecta al ámbito del saber en su totalidad, desde las percepciones más remotas hasta las verdades matemáticas. Es también una duda metódica y provisional, en tanto que se practica como paso previo al hallazgo de la certeza, por lo tanto, no es una duda escéptica sino constructiva, ya que descartes parte de la duda como método para erradicar de la filosofía todos los prejuicios o errores, y considera que la duda debe ser superada al alcanzar una verdad evidente.

4.2. La primera verdad y la naturaleza del yo.

La duda cartesiana no desemboca en el escepticismo, del hecho mismo de dudar surge la primera certeza. Si dudo, si estoy persuadido de que nada hay en el mundo, si soy engañado por cierto genio maligno, si en definitiva, pienso, hay que concluir que yo soy, que existo. Pues, si yo no soy nada, ¿cómo puedo dudar, cómo puedo estar persuadido de algo. Cómo puedo ser engañado? De manera que la afirmación pienso, luego existo (cogito, ergo sum), se presenta como la primera certeza, capaz de residir a todo posible motivo de duda, incluso al del genio maligno. El cogito ergo sum, es la primera verdad firme y segura sobre la cual fundamentar toda la filosofía. Es una verdad intuitiva, conocida desde la intuición.

Ya sé que soy. Pero ¿qué soy? Descartes no puede definirse como cuerpo, ni como algo que derive de él, ya que, de momento, está persuadido de que nada corpóreo existe; el único material del que dispone es el pensamiento. Por eso, a la pregunta ¿qué soy? Responde: yo soy una cosa que piensa, una res cogitans. Y por pensar entiende dudar, entender, afirmar, negar, querer, imaginar y sentir. Puede que las cosas que afirmo, niego, quiero o siento, no sean nada, pero lo que no puede dejar de ser cierto es que yo pienso que quiero, pienso que siento, etc... y ese yo, que piensa todas esas cosas, es imposible que no sea nada para mí.

La duda en principio se plantea como la adecuación de nuestras representaciones a una realidad extramental. ¿Lo que yo veo, imagino, siento o pienso existe realmente fuera de mí? En cambio la verdad matemática no tiene una existencia extramental, la duda entonces trata sobre si esta verdad es realmente cierta, es decir, si es posible que no sea tal y como se presenta a mi mente, aquí se refleja la idea del genio maligno.

Podrá ser falso todo lo que yo pienso, pero lo que es indudable absolutamente es que yo pienso; si al pensar lo que pienso me equivoco (como si no me equivoco) es que efectivamente pienso eso que pienso. Por lo tanto, yo pienso, yo soy. El ser es el pensamiento mismo.

Esta evidencia, no es el resultado de una deducción, es una intuición gracias a la cual me experimento a mí mismo directamente como una cosa que piensa. Es un principio inmutable, del que no se puede dudar, absolutamente verdadero. Para Descartes, el pensamiento se define como todo acto consciente del espíritu y es el acto de pensar el que es evidente, no su contenido.

“Pero advertí luego que, queriendo yo pensar, de esta suerte, que todo es falso, era necesario que yo, que lo pensaba, fuese alguna cosa; y observando esta verdad; pienso, luego soy, era tan firme que las más extravagantes suposiciones de los escépticos no son capaces de conmoverla, juzgué que podía recibirla sin escrúpulos, como el primer principio de la filosofía que andaba buscando. Examiné después atentamente lo que yo era, y viendo que podía fingir que no tenía cuerpo alguno y que no había mundo ni lugar alguno en el que yo me encontrase, pero que no podía fingir por ello que no fuese, sino al contrario, por lo mismo que pensaba en dudar de la verdad de las otras cosas se seguía muy cierta y evidente que yo era, mientras que con sólo dejar de pensar, aunque lo demás que había imaginado fuese verdad, no tenía yo razón alguna para creer que yo existiera, conocí por ello que yo era una substancia cuya esencia y naturaleza toda es pensar, y que no necesita, para ser, de lugar alguno, ni depende de cosa alguna material, de suerte que este yo, es decir, el alma, por la cual soy lo que soy, es enteramente distinta al cuerpo y hasta más fácil de conocer que éste, y aunque el cuerpo no existiese, el alma no dejaría de ser cuando es.”

Discurso del Método, Parte IV.

4.3.El criterio de certeza y la existencia de Dios.

Al hallar la primera verdad, Descartes descubre el criterio general de certeza, la claridad y la distinción. Pero el problema está en la hipótesis del Dios engañador que puede hacer que yo me engañe incluso en las verdades más evidentes.

La pregunta central del todo este análisis es si entre las cosas, cuyas ideas tengo en mí, hay algunas que existen fuera de mí, dicho de otra forma; lo que está en juego es el problema de la pretendida realidad extramental, de la cual parece proceder mis ideas.

Descartes distingue en las ideas un doble aspecto: las ideas, en cuanto que son formas que determinan el pensamiento, haciendo que éste sea pensamiento de esto y no de otra cosa; y las ideas, en tanto que son imágenes que representan algo, es decir, que poseen un contenido representativo, la realidad objetiva de la idea. Para responder a la pregunta de si existe fuera de mí las cosas, cuyas ideas tengo en mí, hay que centrarse en la propia idea, hay ideas que contienen mayor realidad objetiva que otras. Descartes distingue tres tipos de ideas:

- *Ideas adventicias*: Proceden de la experiencia externa, como por ejemplo la idea de mariposa.
- *Ideas facticias*: Son las construidas con la intervención de la imaginación y la voluntad, como la idea de un caballo alado o de un marciano.
- *Ideas innatas*: Son ideas que no proceden ni de la experiencia externa ni son elaboradas por la imaginación y la voluntad. Son las ideas que el entendimiento posee por naturaleza. Son

aquellas ideas que encuentro en mí mismo. Una de estas ideas innatas es la idea de Dios, la idea de perfección o la idea de infinitud.

La idea de Dios es la de una sustancia infinita, eterna, inmutable, perfecta, etc..., es imposible que yo sea causa de esa idea, pues aunque pudiera serlo como sustancia pensante, no podría serlo tratándose de una sustancia infinita y perfecta, siendo yo finito e imperfecto, debo haberla recibido de una sustancia infinita, Dios existe, Dios como causa de su idea en mí. Yo que me reconozco como siendo un ser imperfecto, reconozco al mismo tiempo que no puedo ser el autor de mi ser, pues, al crearme a mí mismo, desde luego no me hubiera privado de ninguna de las perfecciones que concibo en la idea de Dios. El hecho de que Dios me engañe, sería un indicio de su debilidad e imperfección y, por lo tanto, tampoco puede darse en Dios.

Probada la veracidad divina, Dios se convierte en el sistema de Descartes en el garante de la verdad: todas las cosas que concebimos clara y distintamente son verdades tal y como las concebimos, es decir, Dios respalda la aplicación del criterio general de certeza. Dios es el garante de la existencia objetiva, es decir, a mis ideas les corresponde una realidad extramental. Nuestros errores se deben a la precipitación con la que llevamos a cabo nuestros razonamientos y nuestras deducciones.

DAVID HUME

1. Biografía y obras destacadas.

David Hume nace el 7 de mayo de 1711 en Edimburgo (Escocia), proviene de una familia de la pequeña burguesía terrateniente escocesa. Su familia quiso que estudiara leyes e incluso comercio, pero al final tuvieron que dejarle libre para seguir lo que constituía su gran interés: la filosofía. Por aquellos años, la obra filosófica de Locke y las teorías de Berkeley constituían temas de animadas discusiones. Después de finalizar sus estudios, decidió viajar a Francia. De su estancia en Francia nació una gran amistad con Rousseau, que, sin embargo, terminó mal. Luchó por una cátedra en la Universidad de Edimburgo, pero no la logró debido a la oposición del ortodoxo ambiente eclesiástico. Volvió a Francia, esta vez como secretario del general Saint-Clair. En 1752, a su regreso a Inglaterra, fue nombrado bibliotecario en la Abogacía de Edimburgo. Tras una penosa enfermedad, llevada con entereza de ánimo, murió en Edimburgo, la misma ciudad donde había nacido, en 1776.

Entre sus obras destacadas se encuentran: *Tratado sobre la naturaleza humana* (1738); *Investigación sobre los principios de la moral* (1751) *Discursos políticos* (1752); *Cuatro disertaciones* (1757); *Diálogos sobre la religión natural* (1761).

2. Origen y modos de conocimiento.

2.1. Origen del conocimiento.

El racionalismo había afirmado que en nuestro entendimiento había ideas innatas, y que a partir de éstas se pueden deducir todos nuestros conocimientos de la realidad. Estas ideas las tenemos sin recurrir a la experiencia. El empirismo se opone al racionalismo, al negar que en nuestro entendimiento existan las ideas innatas. Para el empirismo todos nuestros conocimientos proceden de la experiencia. Con anterioridad a la experiencia, nuestro entendimiento es como una página en blanco donde no hay nada escrito, y es la experiencia la que nos va a proporcionar el conocimiento.

Entendemos por experiencia la constatación de un hecho (siendo un hecho todo aquello que pueda ser sentido o medido por un sujeto). Por tanto, la experiencia se da por medio de los sentidos. Como la experiencia es la base del conocimiento, y los sentidos son la base de la experiencia, los sentidos tienen que ser la base imprescindible del conocimiento.

“He aquí, pues, que podemos dividir todas las percepciones de la mente en dos clases o especies, que se distinguen por sus distintos grados de fuerza o vivacidad. Las menos fuertes e intensas comúnmente son llamadas pensamientos o ideas; la otra especie carece de un nombre en nuestro idioma, como en la mayoría de los demás, según creo, porque solamente con fines filosóficos era necesario encuadrarlos bajo un término o denominación general. Concedámonos, pues, a nosotros mismos un poco de libertad, y llamémoslas impresiones, empleando este término en una acepción un poco distinta de la usual. Con el término impresión, pues, quiero denotar nuestras percepciones más intensas: cuando oímos, o vemos, o sentimos, o amamos, u odiamos, o deseamos, o queremos.”

(Investigación, sec. 2)

2.2. Elementos del conocimiento.

Hume considera que las percepciones son los elementos del conocimiento. Pero distingue dos tipos de percepciones: las **impresiones** (conocimiento que nos proporcionan los sentidos en el presente) y las **ideas** (huellas o representaciones mentales de impresiones que hemos tenido en el pasado). Por tanto, las ideas provienen de las impresiones, y a toda idea le corresponde una impresión de la que procede.

El criterio para diferenciar impresiones e ideas es la vivacidad. Las impresiones son más vivas porque están relacionadas a las cuestiones de hecho u observables perceptibles de la realidad. Por el contrario, las ideas son más débiles, confusas e imprecisas. Las ideas no se encuentran sueltas en nuestro entendimiento, sino asociadas unas a otras de forma racional.

“Por tanto, si albergamos la sospecha de que un término filosófico se emplea sin significado o idea alguna (como ocurre con demasiada frecuencia), no tenemos más que preguntarnos de qué impresión se deriva la supuesta idea, y si es imposible asignarle una; esto serviría para confirmar nuestra sospecha”

(Investigación, sec. 2)

2.3. Tipos de conocimiento.

Hume distingue dos tipos de conocimiento: el de relaciones existentes entre ideas y el conocimiento factual, de hechos.

a) *Relaciones de ideas*: es el conocimiento que no se refiere a hechos, sino a la relación existente entre ideas. Aunque estas ideas (como todas) procedan, en último término, de la experiencia, la relación existente entre las mismas es, en cuanto tal, independiente de los hechos. A este tipo de conocimiento pertenecen la lógica y las matemáticas. Sus afirmaciones son ciertas de modo demostrativo, sin necesidad de referirse a hechos.

Si tomamos el caso de las matemáticas, sin negar su aplicabilidad a la ciencia, a los hechos, insiste Hume en que en sí mismas están vacías de contenido factual o empírico. Decir que “ $4 + 3 = 7$ ” no es en sí mismo decir nada acerca de cosas existentes; la verdad de la conclusión depende simplemente del significado de los términos y de si la relación entre ideas es adecuada.

b) *Conocimiento de hechos*: es el conocimiento referido a impresiones que proceden de la experiencia. Comprobamos su verdad recurriendo a la experiencia. Introduce Hume un criterio tajante para decidir acerca de la verdad de nuestras ideas: ¿Queremos saber si una idea cualquiera es verdadera? Muy sencillo: comprobemos si procede de alguna impresión. Si podemos señalar la impresión correspondiente, estaremos ante una idea verdadera; en caso contrario, estaremos ante una ficción. Nuestros conocimientos están, pues, limitados por las impresiones.

“Cuando razonamos a priori y consideramos meramente un objeto o causa, tal como aparece a la mente, independientemente de cualquier observación, nunca puede sugerirnos la noción de un objeto distinto, como lo es su efecto, ni mucho menos mostrarnos una conexión inseparable e inviolable entre ellos. Un hombre ha de ser muy sagaz para descubrir mediante razonamiento, que el cristal es el efecto del calor, y el hielo del frío, sin conocer previamente la conexión entre estos estados”.

(Investigación, Sec. 4).

3. Crítica a la idea de causa.

3.1. El conocimiento de hechos y la idea de causa.

Aplicando el criterio anterior en sentido estricto, nuestro conocimiento de hechos queda limitado a las impresiones actuales (lo que ahora vemos, oímos...) y a los recuerdos (ideas) actuales

de impresiones pasadas (lo que recordamos haber visto, oído,...), pero no puede haber conocimiento de hechos futuros, ya que no poseemos impresión alguna de lo que sucederá en el porvenir (es imposible tener impresiones de lo que aún no ha sucedido).

Ahora bien, aunque del futuro no tenemos experiencia, en nuestra vida contamos constantemente con que en el futuro se producirán ciertos hechos. Por ejemplo, si ponemos un recipiente de agua al fuego, contamos con que se calentará, pero, ¿cómo podemos estar seguros de que el agua se va a calentar? Según Hume, estamos seguros de que el agua se va a calentar porque el fuego es la causa de que el agua se caliente (efecto). Es decir, todos nuestros conocimientos sobre cuestiones de hechos se basan en la relación causa-efecto.

3.2. Causalidad y “conexión necesaria”.

¿Cómo entendemos la relación causa-efecto cuando pensamos que el fuego es la causa y el calor el efecto? Hume observa que esta relación se concibe normalmente como una conexión necesaria (que no puede no darse). Esto quiere decir que el tipo de relación que se establece entre causa y efecto no puede ser ocasional sino necesaria. Así, cuando afirmamos que A es la causa de B, es porque pensamos que siempre será y ha sido así. Por tanto, creemos saber cómo serán los acontecimientos futuros porque entre causa y efecto existe una conexión necesaria, es decir, dada la causa inevitablemente se producirá el efecto.

Aparentemente el problema de conocer acontecimientos futuros está resuelto con la idea de *conexión necesaria* entre causa y efecto. Pero si aplicamos el criterio de verdad de Hume, observamos que no hay ninguna impresión de esta idea de *conexión necesaria*. De los fenómenos sucesivos, uno de los cuales es causa del otro, sólo percibimos la sucesión de ambos, pero no percibimos la *conexión necesaria*. Por ejemplo, lo que nosotros percibimos es el fuego por una parte, y por otra que los objetos situados junto al fuego se calientan, pero nunca hemos observado que haya una conexión necesaria entre estos dos hechos. La conexión entre ellos es algo que suponemos, pero que no podemos comprobar.

La idea de conexión necesaria al no provenir de una impresión, no es una idea verdadera. Esto significa que nunca vamos a saber lo que va a ocurrir en el futuro. Del futuro no podemos tener certeza, sino solo creencia y suposición. Todos creemos que si ponemos algo sobre el fuego se calentará. Sabemos esto por el hábito o costumbre de observar como siempre que ocurre lo primero, ocurre lo segundo, es decir, el hábito se forma al observar repetidamente la sucesión de dos fenómenos, pero que entre ambos exista una conexión necesaria es una suposición improbable.

4. La crítica a las ideas de sustancia.

Hemos visto que, según Hume, todo nuestro conocimiento se reduce a impresiones e ideas; nuestro entendimiento al conocer está completamente limitado por las impresiones, de tal modo que nos impide abordar cuestiones puramente abstractas; y entre las más abstractas está el problema de la sustancia. La sustancia es un concepto fundamental para la filosofía tradicional desde Aristóteles hasta el racionalismo (teoría de las tres sustancias), pero al que, según H., no corresponde ninguna impresión.

Hume no hace ninguna concesión, como otros empiristas menos coherentes (Locke, Berkeley): a nuestra idea de sustancia: de Yo, de Mundo, de Dios no corresponde impresión alguna. La palabra "sustancia" sólo designa un conjunto de percepciones particulares unidas por la imaginación; por tanto, el concepto clave de la metafísica carece de valor. Ningún argumento filosófico puede demostrar su existencia. En la práctica, piensa Hume, esto no es realmente grave pues para vivir bastará con creer en su existencia.

4.1. El mundo.

Locke justificaba la existencia del mundo distinta de la mente diciendo que la realidad extramental

es la causa de nuestras impresiones.

Hume no puede aceptar esta afirmación, porque la realidad no es una impresión más, sino que está más allá de las impresiones. Yo lo único que puedo afirmar es que "tengo una impresión", pero no puedo afirmar que a mi impresión corresponda una realidad exterior. La realidad está más allá de las impresiones. Si la afirmo, estoy deduciendo una cosa de la cual yo no tengo impresión alguna. Por tanto, lo único que podemos afirmar con rotundidad es que tenemos impresiones, ...pero no podemos conocer más allá de éstas. Sobre la existencia de los cuerpos en el mundo exterior, por tanto, lo más adecuado, ya que no podemos conocer con rigor su existencia, será suponer su existencia. Para saber si las impresiones que tengo referidas al mundo exterior se parecen a los objetos externos deberían presentarnos al mismo tiempo los originales (mundo exterior) y las copias (impresiones que tengo del mundo exterior), lo cual es inconcebible. Al ver la montaña en el horizonte podemos suponer que existe no sólo en nuestras impresiones pero, en sentido estricto, sólo podemos suponer su existencia. Afirmarla, sería ir más allá de nuestras impresiones, que son el límite del conocimiento humano. No podemos concebir cómo son los cuerpos con independencia de nuestras impresiones. Todo lo que conocemos está en nuestra mente, ¿cómo podemos saber lo que hay fuera de ella? Sólo podemos suponerlo. Tal suposición es suficiente para vivir. La imposibilidad para conocer la existencia del mundo exterior no conlleva su negación, sino la creencia en éste auspiciada por la constancia y coherencia de las impresiones que tengo de éste.

4.2. Dios.

Hume no niega la existencia de Dios, pero sí la posibilidad de demostración de su existencia. Las razones para oponerse a dicha posibilidad son dos:

- 1) La idea que tenemos de Dios es la de una sustancia infinita con todas las perfecciones. Ahora bien, si aplicamos el criterio de validez de Hume, nos tenemos que preguntar de qué impresión puede derivar esta idea de perfección infinita. Según Hume es evidente que, siendo nuestras impresiones puntuales y concretas, resulta difícil que podamos tener una impresión de infinito, ya que ella misma habría de ser asimismo infinita. Por lo tanto, la idea de sustancia infinitamente perfecta se queda sin impresión que la legitime, y hay que concluir que no existe ningún tipo de conocimiento de Dios.
- 2) Tradicionalmente se ha intentado demostrar la existencia de Dios fundamentándose en el principio de causalidad. Los acontecimientos en la naturaleza han sido concebidos como efectos de una Causa Primera, que es Dios. Pero en dicho argumento descubre Hume dos puntos falaces: primero, ninguna percepción tenemos de la naturaleza y mucho menos de su orden de funcionamiento; y segundo, carece de valor aplicar el principio de causalidad más allá de nuestras impresiones y como Dios no es objeto de impresión alguna, es imposible demostrar su existencia.

Ahora bien, si la existencia de un mundo distinto de nuestras impresiones y la existencia de Dios no son racionalmente justificables, ¿de dónde vienen nuestras impresiones? Hume responderá sencillamente que no lo sabemos ni podemos saberlo: pretender contestar esta pregunta es querer ir más allá de nuestras impresiones y eso es imposible en el ámbito del conocimiento. En religión es agnóstico.

4.3. El yo.

Tanto Descartes como Locke habían afirmado la realidad del "yo" como sustancia. Su existencia se intuye con evidencia. En el propio acto de pensar, de querer, de amar,... se capta de manera indudable el propio yo. Ahora bien, esto no es así para Hume. Este pensador sigue fiel a sus principios epistemológicos: todos nuestros contenidos cognoscitivos se reducen a impresiones e ideas; por tanto, la cuestión será: ¿tenemos alguna impresión o alguna idea de nuestra identidad

personal, de nuestro yo? No. Luego el yo resulta imposible de conocer. El yo no es ninguna impresión sino aquello que se supone como sujeto desde el que tienen lugar nuestras impresiones.

Nuestras impresiones no son constantes, sino variables, sin embargo, tendemos a pensar que el yo, la identidad personal es algo constante. Pero, sin embargo, una impresión sucede a otra: siento dolor, después siento tristeza, después alegría,... Nunca existen todas al mismo tiempo, sino que se suceden. Por tanto, no hay una impresión constante y permanente. Sin embargo, nuestra identidad personal debería ser permanente. En consecuencia, no existe el yo como sustancia distinta de las impresiones. El yo viene a ser como un conjunto de impresiones e ideas en perpetuo flujo y movimiento que imaginamos unidas entre sí.

La cuestión, entonces es: *¿Cómo podemos explicar la conciencia que tenemos todos de nuestra propia identidad?* Por ejemplo, yo soy el mismo que esta mañana estaba en casa, que ahora estoy en clase, que mañana iré al fútbol,... Hume lo explica con la memoria: gracias a ella conocemos la conexión existente entre las diferentes impresiones que se suceden; el error consiste en que confundimos sucesión con identidad.

Hume termina comparando al yo con un teatro en el que las distintas percepciones (los distintos actores) se suceden unos a otros, entran, salen y se mueven de mil maneras diferentes, pero con la peculiaridad de que no sabemos exactamente en qué lugar se representa, es decir, sin escenario.

Esta concepción del yo es coherente con sus principios radicales sobre el conocimiento, pero el propio Hume se dio cuenta de que su explicación no es plenamente satisfactoria, lo que le llevó a una actitud resignadamente escéptica.

El resumen de la teoría de David Hume en vídeo: <https://www.youtube.com/watch?v=2IVPZZ3iUq0>